

ORTEGA — SALFATE

ENIGMAS Y MISTERIOS



LAS GRANDES INTERROGANTES DE
LA HISTORIA Y LO OCULTO

 Planeta

I PARTE MISTERIOS DE LA HISTORIA

EL DILUVIO UNIVERSAL Y LA OTRA ARCA PERDIDA

Tal vez el mito por excelencia, tanto el arca de Noé como el diluvio universal han traspasado barreras culturales y temporales, envolviendo a la civilización humana en un velo de misterio durante milenios. Esta narrativa, arraigada en las profundidades de la memoria colectiva, construye una fascinante mezcla de historia, mitología y metáfora.

La mayoría estamos familiarizados con el relato del diluvio universal que aparece en el capítulo 7 del Génesis, el primer libro de la Biblia. De acuerdo a la tradición judía, cristiana e islámica, Dios, disgustado con la maldad de la humanidad, decidió inundar la Tierra, salvando solo a Noé, su familia y a una pareja de cada especie animal a bordo de un arca, una embarcación de madera de gran tamaño en forma de caja y sin quilla para poder flotar en lugar de navegar. Después de cuarenta días y noches de lluvia torrencial, el diluvio finalmente cesó. Noé, su familia y los animales sobrevivieron, dando origen a una nueva era para la humanidad y la vida en la Tierra. La gran arca encalló en las alturas del monte Ararat, actual frontera de Turquía y Armenia, desde cuyos glaciares se reinició la historia de nuestra especie, al menos de acuerdo a la versión teológica de los eventos.

¿Existe algún fundamento histórico detrás de esta historia? En busca de respuestas, arqueólogos, geólogos, mitólogos y teólogos han explorado esta cuestión al menos desde la Edad

Media, aunque los primeros estudios “serios” provienen del siglo XIII, cuando el propio Marco Polo escribe tanto del diluvio como del arca en las páginas del diario de su viaje a China en 1271.

El diluvio universal no es una historia exclusiva de la tradición judeocristiana. De hecho, se halla presente en más de doscientas mitologías distintas alrededor del mundo. La *Epopéya de Gilgamesh* sumeria, por ejemplo, desarrolla la historia de Utnapishtim. En este relato se cuenta cómo en su búsqueda de la inmortalidad, Gilgamesh llega a Utnapishtim, un hombre que ha obtenido la vida eterna. Utnapishtim le revela cómo obtuvo la inmortalidad. Según él, los dioses decidieron enviar un gran diluvio para destruir a la humanidad, pero el dios Ea, quien no estaba de acuerdo con el plan, se le apareció en un sueño y le dijo que construyera un barco para salvarse. Utnapishtim siguió las instrucciones de Ea, armando un barco enorme y redondo (en algunas traducciones es un cubo) y embarcando a su familia y representantes de todas las especies de animales. Cuando el diluvio comenzó, duró seis días y seis noches, devastando a la humanidad. Terminado el desastre, Utnapishtim liberó una paloma, luego un gorrión y finalmente un cuervo para ver si las aguas habían bajado. Cuando el cuervo no regresó, supo que había tierra seca. Al final del relato, los dioses deciden otorgarle la inmortalidad a Utnapishtim y a su esposa como recompensa por salvar a los animales y preservar la vida en la Tierra. Cuando Gilgamesh escucha la historia, comprende que la inmortalidad es un don divino y no algo que pueda alcanzar a través de sus propios esfuerzos. Es importante mencionar que la *Epopéya de Gilgamesh* es un texto mucho más antiguo que el relato bíblico del arca de Noé, y las similitudes entre ambos han llevado a muchos estudiosos a creer que la historia judeocristiana pudo haberse inspirado en la leyenda.

Aparecen relatos similares en la mitología griega, pasando por cuentos de nativos americanos hasta las leyendas de la Po-

linesia, y aunque en algunos casos son montañas que crecen las que auxilian a los humanos, como es el caso de la versión mapuche, en la mayoría se repite la idea de una gran barca en la cual se refugian parejas de animales. Tal universalidad sugiere la existencia de un evento catastrófico global, o al menos una serie de desastres locales interpretados como tales. En 1929, Sir Leonard Woolley, un arqueólogo británico, encontró evidencias de una gran inundación en Ur, la antigua ciudad sumeria. Esto fue interpretado inicialmente como posible prueba del diluvio universal, pero se encontró que la fecha de la inundación no coincidía con la cronología bíblica.

A partir de la década de 1930 se han propuesto teorías alternativas para explicar la persistencia de este mito. Algunos sugieren que el relato podría haber surgido de recuerdos transmitidos sobre el antiguo desbordamiento del mar Negro. Otros postulan que podría ser una metáfora del cambio de las sociedades cazadoras-recolectoras a las agrícolas.

Pero ¿qué hay del arca de Noé? Numerosas expediciones han tratado de localizarla en el monte Ararat, donde se supone que se posó terminado el diluvio. Aunque algunos afirmaron haberla encontrado, como el ya nombrado Marco Polo, que describe su silueta en sus memorias, ninguno de estos anuncios ha sido verificado científicamente.

Pese a los esfuerzos por desentrañar el misterio, la verdad histórica del arca y el diluvio universal sigue siendo elusiva. ¿Es una realidad, una alegoría o la combinación de ambas?

Este mito desafía nuestras concepciones y nos empuja a repensar lo que sabemos sobre el pasado; un enigma es la gran inundación del mar Negro, teoría que combina geología, arqueología y mitología en un relato de destrucción y supervivencia. Hace unos 7.500 años (algunos apuntan que más cerca de los 8.000), la región era un vasto lago de agua dulce rodeado de tierras fértiles. Sin embargo, una catástrofe natural transformó el paisaje y, posiblemente, sembró las semillas del mito.

Hacia 1997, los geólogos William Ryan y Walter Pitman propusieron una teoría audaz: un rápido y catastrófico aumento del nivel del agua en el Mediterráneo causó una inundación que cambió de forma violenta el ecosistema del mar Negro. Según su hipótesis, el agua del Mediterráneo rompió a través del estrecho del Bósforo, inundando la región en un periodo relativamente corto. Este maremoto, argumentaban Ryan y Pitman, fue de tal magnitud que pudo haber sido la base para el relato del Génesis bíblico y de varias tradiciones culturales. No solo eso, sino que la inundación habría desplazado a las poblaciones de agricultores y ganaderos que vivían en la región, provocando una migración masiva hacia Europa, Asia y África.

Desde la presentación de esta teoría, el debate ha sido acalorado. Algunos investigadores apoyan la idea de la inundación catastrófica citando evidencias geológicas y arqueológicas, incluyendo la existencia de asentamientos sumergidos en las profundidades del mar Negro. Sin embargo, otros cuestionan esta interpretación. Argumentan que el aumento del nivel del agua fue un proceso gradual y no una inundación repentina. En tanto, algunos críticos subrayan que no hay suficientes pruebas arqueológicas que respalden la idea de una gran civilización desplazada por la inundación. Es, por lo tanto, un enigma aún por resolver. A pesar de las décadas de investigación, el debate sigue vivo, impulsado tanto por nuevas pruebas como por nuestra fascinación intrínseca por las historias de grandes cataclismos. En última instancia, este evento nos recuerda el poder de la naturaleza para moldear nuestro mundo y nuestra historia. También refuerza la idea de que los mitos y leyendas de nuestras culturas pueden estar arraigados en verdades geológicas e históricas. Aunque el misterio no ha sido resuelto por completo, la búsqueda de respuestas sigue siendo una apasionante aventura de descubrimiento y aprendizaje.

Pero, por lejos, uno de los episodios más intrigantes y disputados en esta odisea es el supuesto descubrimiento ruso del

arca de Noé en la década de 1940. La historia es fascinante y comienza con la expedición del Ejército Rojo en la región del monte Ararat durante la Segunda Guerra Mundial. Según varias fuentes, los rusos habrían descubierto una estructura a gran altura en las laderas nevadas del monte, que algunos sugirieron podrían ser los restos de la barca del patriarca bíblico. El informe del hallazgo, supuestamente ultrasecreto, describe un objeto de madera de grandes proporciones, de forma similar a un barco, semienterrado en un glaciar. Algunos de los detalles descritos son sorprendentes y parecen coincidir con la descripción bíblica del arca. Sin embargo, a pesar de la fascinante naturaleza de este relato, no existe una verificación de estos hechos. La Unión Soviética nunca publicó oficialmente ningún descubrimiento de este tipo, y la historia ha circulado principalmente en círculos de aficionados a la arqueología bíblica, como el escritor Charles Berlitz en su espléndido libro de 1987, *En busca del arca perdida de Noé*, o el clásico *Y la Biblia tenía la razón* de Werner Keller, publicado en 1956 y que inspiró una película del mismo nombre.

No son pocos los académicos y expertos que han expresado dudas sobre la veracidad de esta historia. Sin evidencia física o documentación sólida, este supuesto hallazgo del arca por los rusos sigue siendo, en esencia, un relato no verificado. Mas los rusos no tienen la exclusividad del mito. En 1959 un avión espía de la CIA, del tipo Lockheed U-2 Dragonlady, sobrevoló el Ararat y fotografió una extraña formación rocosa en su ladera, a la que la inteligencia del tío Sam nombró como la «anomalía del Ararat». La forma geológica siguió siendo observada por los estadounidenses a tal punto que en 1971, 1972 y 1974 despacharon un satélite para clasificar el fenómeno mediante fotografías y películas tomadas desde el espacio. Esta historia, suma de espionaje con mito, es la base de la muy buena novela *El ángel perdido* de Javier Sierra.

Las imágenes de la anomalía del Ararat muestran un objeto alargado y oscuro, en contraste con el hielo y la nieve que rodean la montaña. La cosa ha despertado el interés de algunos exploradores e investigadores de lo paranormal debido a su tamaño y ubicación, ya que algunos lo han interpretado como posible evidencia de la existencia física del arca de Noé. Mas no son pocos los expertos que han sugerido que la «anomalía» puede ser simplemente una formación rocosa o glaciaria. Las condiciones extremas han hecho difícil la investigación *in situ*, y, hasta el momento, los intentos de expediciones para identificar la naturaleza del objeto no han dado resultado. Por lo tanto, hasta que se pueda realizar una investigación más rigurosa, la anomalía de Ararat permanece sin explicación definitiva.

La existencia del bíblico navío permanece en el ámbito del misterio y la especulación. Aunque la idea es sin duda intrigante, sigue siendo una pieza de la historia no confirmada, una narración cautivadora que destaca nuestra fascinación perpetua por los enigmas bíblicos y la intersección de la fe y el deseo humano de descubrir lo desconocido.

LA ATLÁNTIDA, MU Y LEMURIA

Pangea es el nombre de un supercontinente que habría existido hace trescientos millones de años, provocado por el movimiento de las placas tectónicas que movilizaron todo el territorio hasta convertirlo en un solo bloque. La Tierra como una sola gran nación geográfica, para que se entienda. La palabra viene del griego *pan*, que significa «todo», y *gea*, «Tierra». La idea la presentó al mundo Alfred Wegener a través de la teoría de la deriva continental. En su estudio explica que, tras su formación, este continente se fue disgregando para terminar con la distribución del planeta que conocemos hoy. Todos los cambios en la geografía de la Tierra están ligados a feroces eventos climáticos, volcanes en erupción, maremotos y megaterremotos que provocaron que continentes completos se dividieran y algunos desaparecieran. Las civilizaciones que los poblaban se extinguieron de la noche a la mañana, y dejaron solo sus mitos y leyendas como legado.

La más famosa es la Atlántida, isla mencionada en el *Timeo* de Platón, donde se describe a los atlantes como una potente y avanzada sociedad que existió alrededor del año 11000 a. C. Aunque el filósofo describió la metrópoli en detalle y expuso su elevado nivel de desarrollo tecnológico, robusto poder militar y urbe organizada matemáticamente por medio de la división en recintos separados por anillos de agua, se razona que este pensador en realidad usó a la Atlántida no literalmente, sino para

desarrollar sus ideas de un modelo de sociedad virtuosa, justa y perfecta.

La Atlántida se ubicaba más allá de las «columnas de Hércules», correspondientes al estrecho de Gibraltar. Su tamaño habría sido más grande que Asia menor y Libia juntas, y sus habitantes, conocidos por sus riquezas y su avanzado sistema de gobierno. Pero no todo era dulce: también fue descrita como una sociedad donde reinaban la corrupción y la arrogancia. Dice la leyenda que los dioses castigaron a los atlantes con incendios y terremotos que hundieron la isla en solo un día y una noche. Este relato demuestra que la Atlántida es el ejemplo del fracaso de una nación próspera que perdió todos sus atributos ante la toxicidad que generan la ambición económica y el poder sin control.

A pesar de toda la evidencia que hay en los escritos platónicos, la falta de pruebas arqueológicas impide concluir que realmente existió. Muchos se han embarcado en la búsqueda del continente perdido sin saber con exactitud cuál es su ubicación. Algunos sostienen que podría haber estado en el océano Atlántico, cerca de las islas Canarias. Otros especulan que debió encontrarse cerca de Cuba. No son pocos los que aseguran que podría tratarse de la Antártica cuando no estaba congelada, en un lejano pasado, tal cual postula el investigador y autor norteamericano Thomas Greanias en su trilogía *El despertar de la Atlántida*, iniciada en 2005. Incluso, un documental de Discovery Channel llamado *La Atlántida de los Andes* postula que la ciudad boliviana de Tihuanaco fue parte de esta civilización. Por su parte, Francisco Ortega, coautor de este libro, en su libro *Andinia, la catedral antártica*, la sitúa en la antigua Tenochtitlán.

Julio Verne hizo referencia a esta isla en su obra *Veinte mil leguas de viaje submarino*, y la ocultista rusa Madame Blavatsky (toda una referente en estas materias) publicó un libro llamado *La doctrina secreta* donde alude a un supuesto documento tibe-

tano originario de la Atlántida. La mujer popularizó la idea de que esta civilización era la antigua patria de una raza de superhombres anterior a la nuestra. Los describió con piel morena y rodeados de comodidades modernas como electricidad y aeronaves impulsadas por una fuerza psíquica llamada Vril. En el texto, asegura que la caída de una sociedad tan avanzada se debió a la práctica de magia negra para engendrar híbridos humanos y animales similares a los centauros, que eran usados como guerreros y esclavos sexuales. Blavatsky planteaba que la humanidad se dividía en especies inferiores y superiores, a las que categorizaba como «razas raíz».

La sociedad esotérica Thule estudió a la Atlántida con el objeto de demostrar que la raza aria provenía de este continente perdido. Los nazis tomaron este postulado para ir en busca de ella. Heinrich Himmler, uno de los líderes del Partido Nacionalista Obrero Alemán y pieza fundamental en el imperio hitleriano, habría organizado en 1938 una serie de expediciones a distintos puntos del planeta, incluyendo los Himalayas, para buscar a los antepasados atlantes de la raza aria. Suponía que la ciudad perdida había sido habitada por personas con la sangre más pura, una raza mejor y más evolucionada en todo sentido, que le dio objetivos esotéricos al Führer. Se dice que el líder germánico incluso entró contacto con esta raza superior, la que hoy tiene se asentaría en Agartha, en los reinos subterráneos de nuestro planeta.

Pese a que el relato de la Atlántida está más cerca de los mitos (y hoy de la cultura popular gracias a los personajes Namor de Marvel y Aquaman de DC Comics), algunos arqueólogos se han tomado en serio este relato, inspirados en el descubrimiento de Troya en 1873 por el alemán Heinrich Schliemann, quien siguió los relatos de Homero de la *Iliada* y la *Odisea* para encontrar la mítica ciudad. Esta búsqueda «realista» de la Atlántida se aleja de la fuente de Platón y apunta a un hecho

histórico documentado y probado: el hundimiento de la isla de Thera en el siglo XVI a. C.

Antes de su destrucción, esta isla del mar Egeo, actualmente conocida como Santorini, era un sitio próspero, posiblemente un puesto avanzado o un componente clave de la civilización minoica, una de las primeras civilizaciones avanzadas de Europa con centro en Creta. Hacia el año 1600 antes de nuestra era, Thera fue escenario de una de las erupciones volcánicas más potentes de las que se tenga registro. Esta catastrófica explosión no solo aniquiló la mayor parte de la isla y a sus habitantes, sino que también generó tsunamis masivos que azotaron las costas cercanas, en particular el norte de Creta, el corazón de la civilización minoica.

El impacto sociopolítico de este desastre es tema de debate entre los historiadores y arqueólogos; es probable que las marejadas y las consecuencias a largo plazo de la erupción debilitaran o contribuyeran al declive de esta poderosa cultura, aunque no necesariamente la destruyeran por completo.

Hacia 1967, el arqueólogo griego Spyridon Marinatos sugirió que el incidente de Thera fue la base de la leyenda de la Atlántida. Sostenía que la destrucción de la avanzada civilización minoica había pasado a la leyenda y que, eventualmente, fue transmitida a los egipcios y luego a los griegos, quienes la divulgaron como la historia de la Atlántida. Pero no se quedó solo en el mito platónico. Marinatos, que falleció en 1974 en la propia Santorini, planteaba que el cataclismo había sido tan masivo que afectó al resto del mundo entonces civilizado con oscuridad y lluvias de brasa que volvieron rojas las aguas de ríos del África. Justamente como sucede en otra leyenda: el relato bíblico de las diez plagas de Egipto, causadas por Moisés y relatadas en el Éxodo.

J. V. Luce, autor del libro *La Atlántida perdida: historia y leyenda*, argumenta que la descripción de Platón de la Atlántida tiene similitudes sorprendentes con la topografía y la cultura de

Thera y Creta, y que, hacia el sur de la península de Grecia existía una formación rocosa conocida en la época como «columnas de Hércules», denominación que, mucho tiempo después, se dio al estrecho de Gibraltar. Entonces, en la teoría de Luce, la idea de que la Atlántida se encuentra en el océano Atlántico habría surgido debido a la confusión entre estos dos conjuntos de rocas conocidos con el mismo nombre.

A pesar de estas atractivas teorías, es esencial recordar que la conexión entre Thera y la Atlántida sigue siendo especulativa. No hay pruebas definitivas de que ambos cataclismos estén vinculados. Sin embargo, la idea de que un desastre tan monumental pudiera inspirar mitos a lo largo de los siglos es, sin duda, fascinante.

En otras latitudes también hay continentes perdidos. Teonimanu fue una ciudad que se ubicaba en las islas Salomón del Pacífico del sur. Era una tierra montañosa hecha de arena y de proporciones considerables, que desapareció por culpa de una cadena de tsunamis. La leyenda cuenta que el cacique Roraimenu fue engañado y abandonado por su esposa Sauwete'au, que se mudó a vivir con otro hombre a la isla. Rabioso, Roraimenu adquirió el poder de convocar una maldición de olas y se dirigió al lugar con cuatro marejadas gigantes conectadas a la parte delantera de su canoa y cuatro a la parte trasera. En tierra firme instaló dos plantas de taro, guardó otra de ellas y se fue rápidamente a su propia isla, Ali'ite. Cuando las hojas de la planta brotaran, el ataque comenzaría. Roraimenu esperó pacientemente y observó desde la cima de una montaña cómo las ocho imponentes olas golpearon Teonimanu hasta hundirla por completo y ahogar al que fue su gran amor. El despecho lo puede todo, nos dice esta historia, incluso hacer desaparecer toda una porción del globo. Tal como antes hizo Yahvé con casi toda la humanidad mediante un diluvio colosal.

Entre las metrópolis hundidas de las que existen registros arqueológicos también podemos nombrar a la antigua ciudad

de Alejandría, fundada por Alejandro Magno, que hoy yace en el fondo marino del Mediterráneo. La que fuera la capital de Egipto se hundió a causa de terremotos y tsunamis que se llevaron con ella el palacio de Cleopatra, el Faro de Alejandría (una de las desaparecidas siete maravillas del mundo) y más de tres mil años de antigüedad. La arqueología marina ha conseguido rescatar artículos de esta capital, los cuales hoy se exhiben en diferentes museos alrededor del mundo.

El templo sagrado del Titicaca es el lugar donde nace la mitología inca. Bajo las aguas del lago hay una ciudad sumergida que se ha mantenido oculta a los humanos. El año 2000 un grupo de científicos aseguró que mide doscientos metros de largo por cincuenta de ancho. Se cree que esta urbe tiene al menos mil quinientos años de antigüedad. Su origen y construcción se explican porque dioses venidos de las estrellas engendraron una mezcla de ADN entre los altísimos y los humanos de aquel entonces. Los indígenas y aldeanos que viven en las proximidades serían sus descendientes.

A principios del siglo XXI, en el golfo de Khambhat, en India, se descubrió una ciudad perdida a treinta y seis metros de profundidad. Gracias a las continuas expediciones se recuperaron fragmentos de materiales de construcción, cerámicas, esculturas, huesos y dientes que ayudaron a datar la antigüedad del lugar: nueve mil años.

Pero, si hay un continente perdido que puede rivalizar en popularidad con la Atlántida, ese es Mu. Hasta el propio Corto Maltés, inmortal personaje de Hugo Pratt, lo buscó en la serie de cómics del arco titulado, precisamente, *Mu*. Al igual que la Atlántida, esta tierra es descrita como una isla que supuestamente existió en algún punto del Pacífico y que se hundió debido a un cataclismo.

La historia de Mu fue popularizada en el siglo XIX por Augustus Le Plongeon, un arqueólogo y escritor. Tras estudiar las ruinas mayas en Yucatán, Le Plongeon afirmó que había

descifrado textos antiguos que hablaban de la antigua tierra de Mu. En su interpretación, era una cultura avanzada de la que habían surgido otras, como la maya y la egipcia. Pese a que las ubicaciones varían según las fuentes, Mu generalmente se sitúa en el océano Pacífico, a menudo cerca de la Polinesia, o entre Asia y América. Se describe como un continente extenso, hogar de una avanzada civilización que habría florecido miles de años antes de las culturas conocidas.

A lo largo de los años, distintos autores han rastreado evidencia de Mu. James Churchward es uno de los más referidos. En 1926, tras entrar en contacto con un sacerdote hindú que poseía, según Churchward, unas tablillas de barro que narraban la historia de Mu con unos caracteres parecidos al rongo-rongo de la Isla de Pascua, él logró descifrarlas. Entonces, publicó el libro *El continente perdido de Mu*, en el cual lo describe como un paraíso terrenal, con grandes ciudades y tecnología avanzada, que fue destruido por desastres naturales hace unos doce mil años.

A pesar de las apasionadas afirmaciones de sus defensores, la verdad es que no hay pruebas arqueológicas ni geológicas sólidas de la existencia de Mu. La mayoría de los científicos y arqueólogos consideran que se trata de un mito o una interpretación errónea de textos antiguos y evidencia geológica.

El concepto de Mu ha tenido un gran impacto en la literatura, la cultura popular y la pseudohistoria, con muchas teorías alternativas que se han desarrollado a lo largo de los años. Algunas voces sugieren que otras culturas antiguas, como los mayas, el Perú preincaico y Rapa Nui, tendrían su origen en Mu. En todas se aprecian similitudes tanto artísticas y arquitectónicas como lingüísticas: jeroglíficos como método de escritura y creencias poderosas vinculadas al sol. Hasta el escritor H. P. Lovecraft usó el perdido continente para situar a la civilización primigenia que realizaba sacrificios humanos al dios alienígena Ghatanathoa.

Lemuria, al igual que Mu, sería otro continente perdido. Sin embargo, su historia no se basa en leyendas, sino en especulaciones científicas para explicar la distribución geográfica de los lémures, un grupo de primates que habita en Madagascar y al sureste de Asia. Fue el naturalista británico Philip Sclater quien planteó la posibilidad de que haya existido un puente que conectaba ambas regiones, por donde se produjo el intercambio de especies. Su teoría fue aceptada por la comunidad científica porque le daba lógica a la migración de lémures desde Madagascar a la India, en la antigüedad. Con el tiempo se descubrió que la evolución de las especies, junto con la deriva de los continentes, explicaban la distribución de estas y otras criaturas.

El biólogo y autor alemán Ernst Haeckel afirmaba que Lemuria existió y que este continente les permitió a los humanos migrar por primera vez de Asia a África. Incluso sugirió que este paraíso sería la verdadera cuna de la humanidad.

El mito de Lemuria se une al de Kumari Kandam, el continente de la civilización Tamil, ubicado en el océano Índico. Son muchas las historias que aluden a una antiquísima tierra sumergida que estuvo gobernada por los reyes Pandiyan. Los relatos afirman que los tamil son la cuna de la civilización más antigua del mundo y que, tras el sumergimiento de Kumari Kandam, muchos de sus habitantes se marcharon a otras tierras, lo que ayudó al desarrollo de otras culturas.

Pareciera que el planeta necesita reiniciarse y sacudirse de ciertas culturas que llegaron al máximo de su desarrollo. La naturaleza es sabia y, así como lo hizo antes, lo volverá a hacer. Al menos los tiempos están para eso y las señales a la mano. ¿Somos nosotros los protagonistas de una nueva extinción masiva? Parece que lo sabremos más pronto que tarde. Y todo volverá a empezar, mientras haya planeta donde esparcir semillas.